

RUCCI: LAS PALABRAS Y LOS HECHOS

—¿La campera? Me costó veinticinco lucas; es un lujo de Secretario General.

Pero no es sólo la campera: también la detonante camisa anaranjada y ese mechón gris sobre la frente, acariciado a cada rato por una mano hue-suda, nerviosa. Es José Rucci, 45, dos hijos, titular de la CGT desde el 4 de julio: fue carnicero, chocolatinero, lavacopas, es dirigente metalúrgico.

El lunes pasado media, impaciente, los 30 metros cuadrados de su despacho en el cuarto piso de Azopardo al 800. Recibió a PRIMERA PLANA un momento antes de partir hacia el Norte, donde brotes de insensata rebeldía y de abierto colaboracionismo desfiguraban la conducta escogida por la actual conducción nacional: rebeldía de palabra, colaboracionismo de hecho.

Estaba satisfecho con la declaración que la CGT —esculpida por Rubens San Sebastián y ahora amaestrada por el "compañero" Juan Alejandro Luco— emitió aquella misma mañana, tardía y sofisticada respuesta a la cicatera política salarial de Moyano Llerena. Rucci se esforzaba, ingenuamente, por asignarle intenciones belicosas.

—Mirá, con esto matamos. Es el instrumento para un gran plebiscito contra el Gobierno.

—¿Pero usted habló con gente de las fábricas? Puras palabras, dice.

—¡Epa, pará la mano! —se irrita—. Ningún ejército se lanza a la pelea sin posibilidades de triunfo.

—¿Mejor la derrota sin pelear?

—Es que estamos en otra cosa y no todos lo comprenden. Innovamos; esta es una estrategia por la que nunca había incurrido el sindicalismo argentino. ¿Te parece poco?

—¿Cuál es esa estrategia?

—Bueno, no es una estrategia —medita, afinándose el bigote—. Pero queremos demostrarles a los de la Rosada que la mentalidad de los obreros no es de mosquitos, como creen.

Para él, dialogar es mala palabra: en cuanto la oye, brinca como un gato escaldado.

—No rehuimos el diálogo, pero con ellos es imposible. ¿Sobre qué vamos a dialogar? Hacen falta definiciones. La CGT sabe lo que quiere, ellos también. Entonces, cada cual por su lado.

—Usted no dialogará, pero los nucleamientos —como les dicen— claro que lo hacen. No se olvide: en el último Congreso, media hora antes de terminar estaban enfrentados a muerte.



Igual que Tartarín de Tarascón se pone bravo y se come al león.

—Ahora estamos más unidos que nunca. A muerte, también.

—¿Un triunfo del vandorismo?

—No. El vandorismo buscaba la unidad, la obtuvo, y ya no hay más líneas.

—Entonces, ¿para qué buscan ampliar las 62 Organizaciones, levantando las expulsiones dictadas en enero?

—Porque no era un nucleamiento real; cuatro o cinco gremios sueltos, nada más.

—El peronismo gremial acata a la ortodoxia del peronismo político. ¿Es así? O ustedes se proponen derribar a Jorge Daniel Paladino?

—¡Me extraña! Yo también soy ortodoxo.

—¿Para eso fortifican las 62?

—Para convertirlas en poder, poder político. Con las 62 y la CGT, tenemos dos armas formidables.

—¿Para qué?

—Para hacer la verdadera Revolución nacional y popular.

—¿Cómo harán para que les crean?

—Lo demostraremos en octubre. Quizá entonces ya no estemos en la CGT, sino en Villa Devoto.

—¿Vandor y Alonso, si estuvieran vivos, no serían partidarios de conciliar con la Revolución Argentina?

—No lo creo. Nosotros estamos dispuestos a pelear, pero no solos; puede ser que algunos políticos neoperonistas quieran trenzar con el Gobierno: nosotros no. Yo a los políticos no les doy ni la mano.

—¿A Luco tampoco?

—Tampoco.

—¿Y a los militares?

—No tengo un solo militar amigo;

ni siquiera un conscripto.

—Hombres de las 62 y del grupo expulsado vuelan a Madrid. Con ellos va Lorenzo Miguel, su jefe en el sindicato metalúrgico. ¿Qué hace usted si Perón ordena que se retire de la CGT?

—Y... yo soy peronista. Si querés, poné que me tomo el raje...

—Vandor, en cambio, se quedaba.

—No me interesa. Yo soy peronista, no vandorista.

—¿Se equivocó Perón, en enero, cuando ordenó sanciones?

—No creo que Perón los expulsara. Si lo hubiera hecho, tendría sus fundamentos, que yo compartiría. Pero el Jefe siempre dijo que los problemas sindicales los arreglemos entre nosotros.

—Si es así, ¿por qué viajan a Madrid los dos grupos?

—No, escuchame —sonríe—, ya te dije. Fueron a ver cómo anda de salud.

—¿Suponen que está mal?

—Mirá —serio, de golpe—, no juguemos con eso. Si se nos llega a morir El Viejo, todo esto se va al diablo.

—¿Por qué no fue usted también?

—¿Quién te dijo que no voy a ir? Me gustaría charlar con Perón: nunca lo he visto. Será pronto. De todos modos, los muchachos le llevan un informe mio sobre la actual situación.

—¿Fue Perón quien lo designó para dirigir la CGT?

—No, pero me felicitó por intermedio del gremio.

—¿Qué le pasó a Alonso?

—Viste, la única vez que estaba en la justa, lo amasijaron. ⊕